

LEYENDA HISTÓRICA

DE

UN SUCESO PRODIGIOSO,

ESCRITA EN VERSO, Y DEDICADA

AL SS^{MO}. CRISTO DE LA HUMILDAD,

DE LA VILLA DEL MORAL DE CALATRAVA,

POR

D. AGUSTÍN SALIDO Y ESTRADA,

VECINO DE ESTA POBLACIÓN.

----- o - O - o -----

CIUDAD REAL

Imprenta de Cayetano Clemente Rubisco.

1870

Emmo. e Illmo. Sr.

Cardenal Arzobispo de Toledo.

Grande atrevimiento ha sido sin duda el mío, al escribir en esta leyenda histórica, un milagro patente acaecido en esta villa el día 20 de Abril de 1817. Ni mi suficiencia es bastante para tratar asunto tan delicado, ni el siglo en que vivimos, con su descreimiento y escéptico ateísmo, se presta a éste género de trabajos; pero ante el temor de que desapareciendo los hombres más ancianos de esta villa, testigos presenciales de tan maravilloso suceso, este fuese relegado a la tradición o al olvido, mi espíritu religioso se animó en la Fe de nuestros mayores, e instado a la vez por mi esposa, a escribir unos versos a la predilecta imagen de su devoción, el Santísimo Cristo de la Humildad, que se venera en la que fue Iglesia del Convento de San Francisco de esta villa, elegí para asunto de mi composición, uno, en que dicha Sagrada Imagen demostró una vez más a estos religiosos habitantes, cuánto puede alcanzarse, invocándola con Fe, con Esperanza, y con verdadero arrepentimiento de las culpas y pecados.

Motivo digno de otra mejor cortada pluma era el de mi leyenda; pero como este pequeño opúsculo no lleva en sí pretensiones literarias, y sí la de dejar consignado, aunque sea en malos romances, un maravilloso suceso contemporáneo, que se enlaza grandemente con el espíritu religioso y la Fe de nuestros Padres, de ahí que yo me haya atrevido a llevar a cabo tal empresa, contando con la ayuda de Dios, y con la benevolencia de los hombres.

Estos religiosos habitantes, desean conservar para sus hijos la relación de aquel milagro, que tan vivamente les impresionara, y me ruegan que de a la imprenta mi leyenda, acto que no me atrevo a realizar sin la superior autorización de Vuestra Eminencia. Además, en este original, constan las firmas autógrafas de los ancianos testigos, y el testimonio del acta

levantada por este notario D. Pedro Alcántara Corro y Jiménez, que de todo certifica; y como es importante su conservación para el porvenir, me ha parecido, que nadie mejor que Vuestra Eminencia debe guardar en sus archivos este documento autógrafo, tanto por la mayor seguridad que en ellos ofrece su guarda, cuanto porque siendo Vuestra Eminencia contemporáneo, amigo y compañero de Religión, de varios de los personajes que figuran en primer término en mi leyenda, tendrá un doble interés en su conservación, y en legarla a sus sucesores.

No dudo que Vuestra Eminencia atenderá ambas súplicas con la bondadosa acogida que le he merecido en otras ocasiones, y que con la licencia para que imprima mi leyenda, y para que se guarde este original en los archivos de ese Arzobispado, enviará su paternal bendición, al que queda rogando al Todopoderoso guarde su vida muchos años. Moral de Calatrava 16 de agosto de 1870.

Emmo. e Illmo. Sr.

Agustín Salido.

COPIA DE LA COMUNICACIÓN DEL CENSOR.

---vVVVVVVVVv---

“Cumpliendo con la orden de Su Eminencia el Sr. Cardenal Arzobispo de esta Diócesis, he examinado detenidamente la Leyenda histórica, dedicada al Santísimo Cristo de la Humildad, que se venera en el Moral de Calatrava, por el Excmo. Sr. D. Agustín Salido y Estrada, y no he encontrado en ella cosa alguna que se oponga al dogma católico, y a los principios de sana moral, antes por el contrario, inspirado el autor en sentimientos religiosos, se propone en su poética composición fomentar la confianza en la misericordia divina, por la intercesión poderosa de la Santísima Virgen María, y excita a los fieles a que continúen venerando las sagradas imágenes, objeto de su acendrada

devoción. = Creo, pues, muy conveniente la publicación de la citada Leyenda, y al efecto puede su Eminencia dignarse conceder la licencia que ha solicitado el Sr. Salido. =Dios guarde a V. S. muchos años. Madrid 15 de Septiembre de 1870.

Eduardo Palou.

Sr. Secretario de cámara y gobierno del Arzobispado de Toledo.”

APROBACIÓN Y LICENCIA

PARA QUE SE IMPRIMA ESTA LEYENDA,

DADAS POR EL Sr. ARZO-

BISPO DE LA DIÓCESIS.

Fr. CIRILO, presbítero Cardenal de Alameda y Brea, Arzobispo de Toledo, Etc. Etc.

Por la presente, aprobamos, y damos nuestra licencia para que pueda imprimirse y publicarse, el librito titulado “*Leyenda histórica de un suceso prodigioso*, escrita en verso, y dedicada al Santísimo Cristo de la Humildad, de la villa del Moral de Calatrava, por D. Agustín Salido y Estrada, vecino de la misma población”, mediante a que de nuestra orden ha sido examinado, y no contiene cosa alguna contraria al dogma católico, antes bien es muy útil para promover la piedad y devoción a nuestro Señor Jesucristo.

Dada en nuestro Palacio Arzobispal de Madrid a 16 de Septiembre de 1870.

El Cardenal Arzobispo.

Por mandato de Su Eminencia
El Cardenal Arzobispo mi Señor,

Dr. D. Antonio Ruiz y Ruiz,

Canónigo Secretario.

UN SUCESO PRODIGIOSO

vvvvvvvvvvvvvvvv

LEYENDA HISTÓRICA,

-----000-----

CUADRO PRIMERO

vvvvvvvvvvvvvvvv

LA CALAMIDAD.

vvvvvvvvvvvvvvvv

Hermosa y heroica España,
Precioso joyel del mundo,
Patria de santos y sabios,
Suelo de ingenios fecundo,
Cuna de los *Recaredos*,
De los *Pelayos* sepulcro,
La del cielo despejado
Y de ambiente grato y puro;
La de las sierras nevadas;
La de los montes incultos;
La de las verdes llanuras;
La de los valles profundos;
La de pintadas praderas
En que mece el aura juntos,
Maravillas y amapolas,
Lirios, dragones y juncos:
Heroica y hermosa España,
Precioso joyel del mundo,
Tierra de Dios bendecida,
Yo entusiasta te saludo.

Bello es tu cielo y tu suelo,
Ricos y grandes tus frutos,
Y tus hermosos ganados,
Tus campos pueblan robustos;
Mas tanta y tanta belleza,
Tantos y ricos productos
Que el hombre cultiva y cría
Del uno al otro crepúsculo,
La verdura de los campos
Y la vida de sus frutos,
Dios en su Poder Supremo,
Siempre bueno, pero justo,
Al castigar de los hombres
La soberbia y los insultos,
Y el olvido, *de que nada*
Existe sin su concurso,
Los prados seca y las flores,
Los arroyos deja enjutos,
Estériles los ganados,
El pan en la tierra oculto,
Y a su voz, desaparecen
Montes en nubes de humo.
Así al *Señor, su justicia,*
Sobre nuestros campos plugo
Presentarla, de este siglo
Al finar el tercer lustro.

Con los terribles desastres
Y los enormes consumos
De la guerra, que con gloria
España al francés sostuvo,
Y el paso de los ejércitos;
Y el grande del Rey intruso
Que en persona lo mandaba,
Y en esta villa mantuvo
Hasta acordar en Consejo
Y en esta casa, los puntos

Estratégicos y fáciles
Por donde avanzar seguros
De la Bética a los campos,
Los ganados y los frutos
Del Moral de Calatrava
Casi quedaron por nulos.

El año mil ochocientos
Diez y seis, vino infecundo
Además, según nos cuentan
Hombres probos y vetustos,
Pues apenas recogieron
Lo que sembraron, algunos
De estos pobres labradores,
Que a pesar de sus apuros,
Arrojaron en Octubre
Lo poco de les dio Julio.

Nace apenas lo sembrado,
Y un invierno seco y crudo
En fríos, hielos y escarchas,
Abate el tallo inseguro,
Que unido a la madre tierra,
Triste, y enfermizo, y mustio,
Ni aun se conoce que vida
Tiene bajo de los surcos.

Pasan Diciembre y Enero,
Y Febrero y Marzo juntos,
Negándoles de la lluvia
Los benéficos influjos
A los campos, que parecen,
Más que sembrados, incultos.
Llega Abril, el de las flores,
Mas con rostro tan adusto,
Que ni una asoma sus hojas
Por no ver tal infortunio.
Llora la casta doncella,

Y llora el joven robusto,
Y llora el niño inocente,
Que entre los brazos convulsos
De su madre, que le estrecha
El corazón con el suyo,
Ve dos arroyos de lágrimas
Regar sus cabellos rubios.
Acosa el hambre al bracero,
Que pálido el labio y mudo,
Días, semanas y meses,
Sin trabajo, y con apuros,
Ve a sus pequeñuelos hijos
Desmayados y desnudos,
Demandar de puerta en puerta
Por Dios, un triste mendrugo.

Y la caridad se aumenta,
Pero faltan los recursos
Al rico, que la pobreza
Ve ya dentro de sus muros.

Entonces, los Sacerdotes
Y el Municipio, en concurso
Acuerdan en rogativa
Poner, y en solemnes cultos,
Las *imágenes* queridas
De *María, e Hijo Único*
Cuya voluntad encierra
Alivio a tal infortunio.

Bajan de su santo trono
A la *Rosa y su Capullo*
Que en la falda de la sierra
Son del Moral el escudo,
Y entre lágrimas y vítores
De ancianos, niños y adultos,
Y al repique de campanas,
Y de preces al murmullo

De piadosos Sacerdotes
Y de piadoso concurso,
A la puerta de su Templo
Sale la Virgen de luto,
Por mostrar, que los dolores
De sus hijos, son los suyos.
“¡Dios te salve! ¡Dios te salve!”
-Exclama el pueblo confuso,
Ante la hermosa Serrana
Que saca sus ojos turbios
Cual buena madre, que llora
De sus hijos los disgustos:-
“¡Dios te salve!....” -grita el pueblo-
“*Nuestra abogada y refugio;
Tú que reinas en el cielo
Y que reinas en el mundo;
Rosa Mística del valle
De oro, tu asilo oculto;
Consuelo del afligido,
Madre del amor más puro,
Intercede con Tu Hijo,
Con ese hermoso Capullo,
Que llevas entre tus manos,
Y fue de tu vientre el fruto.
¡Dios te salve, Reina y Madre
Del pecador y del justo,
Virgen clemente y piadosa...
Vuelve a nos los ojos tuyos!!...*”

Y la Virgencita avanza
Llevada en hombros robustos,
Por su calle, y por la plaza,
De plegarias al murmullo,
Que elevan a su *Patrona*
En armonioso conjunto,
Sacerdotes, Municipio,
Viejos, y niños, y adultos,
Respondiendo del Cabildo

A los cánticos augustos,
Hasta que al llegar al Templo
La *Virgen*, vuélvenla súbito
Al pueblo que de rodillas
Cae, lloroso y confuso,
Al grito de *Ora pro nobis*,
Ante la *Rosa y Capullo*,
Que en la falda de la sierra
Son del Moral el escudo.

Bajan también de su trono
Con la esperanza del triunfo,
Los Padres de San Francisco,
Al *Humilde* cual ninguno,
Al coronado de espinas,
Cuyo *Cuerpo Santo y Puro*,
Tinto en sangre y moratado
Por los golpes de verdugos,
Al pueblo lo manifiestan,
Que de rodillas y mudo,
La voz escucha de un Padre,
Docto varón, bueno y justo,
Y que en santidad, gran fama
Goza en opinión de muchos.
Fray Julián de Piedralabes
En magnífico discurso,
Elocuente, apasionado,
Y siempre inspirado y culto,
Alienta la *Fe* abatida
De aquel cristiano concurso,
Comparando sus dolores
Con los de *Jesús Augusto*,
Que el bien derramó en la tierra,
Y al mal lo hundió en lo profundo,
Y que por salvar al hombre,
Cual hombre bajó al sepulcro,
Entre la befa y escarnio,
Y las heridas e insultos

*De Jerusalén Deicida,
Hoy dispersa por el mundo.
“¡Ved al Hombre!! ¡Ved al Hombre!!”
-Exclama el Padre convulso,
Parodiando el *Ecce-Homo*,
Con que en medio de verdugos
Desde su balcón, Pilatos
A Cristo enseñó al tumulto
De los judíos fanáticos,
Que en ira ciegos y estúpidos,
Crucifícale, decían
Al presentir un indulto:-
“¡Ved al Hombre!! ¡Ved al Hombre!!!
-Repite el eco robusto
De Piedralabes” -¡Miradlo!
“De Dios Padre el Hijo único,
Cual ante el pueblo se ostenta
En sangre tinto y desnudo,
Con una caña por cetro,
Por Manto Real, ropón sucio,
Por Corona, la de espinas,
Y al cuello, con fuertes nudos,
En vez de cordones de oro,
Cordeles de esparto crudo.
¡Oh Cristo de la Humildad!!!
¿Qué dolor no fuera el tuyo
A la par del que hoy lamenta
Este cristiano concurso?
Dios sufre muerte afrentosa
Y alegre redime al mundo,
Y el hombre tiembla y se abate
Solo al ver el infortunio:
Y es, que la conciencia acusa,
Que al pecado horrendo, impuro,
No procuramos lanzarlo
De nuestro ser al profundo,
Y Dios abandona al réprobo,
Mientras que socorre al justo*

*Que ostenta limpia conciencia,
Y espíritu limpio y puro.
Del hombre las oraciones
No bastan, si Dios adusto,
De su Potente Justicia
Llama a Sí los atributos.
Vengan a orar por nosotros
En amoroso concurso,
Santos y Santas del cielo
Que de Dios alcanzan mucho,
Y esa Virgen de la Sierra
Del Moral hermoso escudo:
Pero entre tanto, nosotros
Por desarmar de Dios Uno
El brazo de su justicia
Tras de nubes de oro oculto,
No demos tregua al descanso;
Niños, y ancianos y adultos,
Pobres, y ricos y sabios,
Vestid con la Iglesia luto.
Ejemplo los sacerdotes
Os daremos, y el crepúsculo
Del día, nos hallará
Sobre el suelo frío y duro,
Enclavados de rodillas
De penitencia en los usos,
Lacerando nuestros cuerpos,
Imponiéndoles ayunos
De agua y pan, que tomaremos
Turbia y en secos mendrugos
Desde el suelo, en donde pacen
Los animales inmundos.
Ciérrense de este Convento
Las puertas, y quede mudo:
En constante penitencia
Pidamos al Poder Sumo,
El perdón de nuestras culpas,
El perdón del infortunio*

*Que nos amenaza, y todos
En fervoroso conjunto,
Sacerdotes y seglares
Con penitencias y ayunos,
Del cielo las justas iras
Desarmemos de consuno.”*

Y corren a sus hogares
Niños y ancianos y adultos,
Vivamente impresionados
De *Piedralabe* al discurso.

El Padre Andrés de los Barrios
Guardián del Convento, al punto
Manda se cierren las puertas
De aquel Santuario Augusto,
Y que el esquilón sonoro
Quede para el Pueblo mudo,
Ínterin los Religiosos
Encerrados en sus muros,
Se hallan de día y de noche
En penitencias y ayunos,
Que solo podrán saberse,
Según la frase del *justo*
Piedralabe, CUANDO LLEGUE
EL JUICIO FINAL DEL MUNDO.

Y cierran también sus puertas,
Y ponen sus pies desnudos
Estos tristes habitantes,
Que miran con ojos húmedos,
Azul y sereno el cielo
Donde brilla hermoso y puro
Un sol, que ya los aterra
Por lo tenaz e importuno,
Y porque las plantas mata
Y deja al venero enjuto:
Y porque el Señor se apiade
De tanto y tanto infortunio,

Y de la miseria y hambre;
Como en cristiano conjuro,
Siguiendo de *Piedralabe*
La inspiración y el impulso,
En penitencias se lanzan
Niños, y ancianos y adultos,
Siendo a la vez en sí mismos
Penitentes y verdugos.

CUADRO SEGUNDO

PENITENCIAS Y ROGATIVAS.

Es de noche: de la luna
La pálida luz refleja
Sobre los montes y prados,
Sobre ciudades y aldeas,
Alumbrando tenuemente
En su mística carrera,
La sonrisa del alegre,
De los grandes la grandeza,
Las lágrimas de los tristes,
Y del pobre la miseria.
Es de noche: por las calles,
Durante el día desiertas,
Del Moral de Calatrava,
Véñse aparecer envueltas
En túnicas y sayales,
Desnudo el pie y la cabeza,
De hombres, mujeres y niños,
Figuras asaz siniestras.
Marcha en un grupo una madre
Con sus hijas pequeñuelas
Descalcitas, y llevando
Farolillos en su diestra,

El Dios te Salve María,
Cantando en voz lastimera,
Con lágrimas en los ojos
Y balbuciente la lengua,
Terminando sus plegarias
De los Templos en las puertas,
Con desgarradores gritos
De *jagua Virgen de la Sierra!*

Marchan otros y otros grupos
De penitentes doncellas,
Que pálidos los semblantes,
Las rodillas por la tierra,
Sus blancas manos cruzadas
Y destrenzadas sus trenzas,
Rezando van el Rosario
De una Iglesia en otra Iglesia,
En inocente plegaria
Que hasta los cielos elevan,
Entre canciones dulcísimas
A su Virgen de la Sierra.

Sacerdotes y seglares
A la media noche, dejan
Sus casas, con los martirios
Que su Fe cristiana inventa.
Rico y pobre se confunden
Bajo túnica modesta,
Que en sus pliegues los envuelve
De los pies a la cabeza,
Llevando cruces al hombro,
Ya de pesadas maderas,
Ya de barrotes de hierro,
Ya de mal labrada piedra,
Y cruzan pausadamente
En tan atroz penitencia,
Y de agua y pan con ayunos,
Calles, plazas y plazuelas,

Cayendo desfallecidos
Algunos en la carrera,
Que son al punto auxiliados
Por el que más pronto llega.
-¿Quiere hermano que le ayude
A levantar de la tierra? -
-Suele interrogarle ansioso
El que en su auxilio se acerca, -
Y el que cayó, con un signo
Negativo, le contesta,
Porque de su voz el eco
Al penitente no venda.
Y una noche, y otra, y otra,
Así en duras penitencias,
Aun mediado Abril en días
Tenaz las nubes les niega
A aquellas benditas almas,
Que ni duermen, ni sosiegan,
Ni dan descanso a sus carnes
Que de continuo laceran,
Con ayunos y cilicios,
Con disciplinas, y cuerdas
Que atadas a la cintura,
En la blanca carne dejan
De los retorcidos nudos,
La torcida sangre impresa.

Y el sol aparece hermoso;
Pero su hermosura aterra
A estos pobres habitantes,
Que ven que Mayo se acerca,
Y que seco se halla el campo,
Y secas están las siembras
En los ligeros calares,
En los quiñones y vega;
Sin jugo los olivares
Para dar del fruto muestra,
Y de su verdor, desnuda

La rica y alegre cepa.
Todo amenaza perderse;
Todo amenaza miseria;
Dios solo el remedio tiene,
Y Dios el remedio niega.

Uno y otro y otro día
En la *Parroquia* congrega
A los fieles el Cabildo,
Ante la *Patrona Excelsa*
A quien invocan llorosos
Y atosigados de pena,
Las madres que de sus hijos
Ven las carnes descubiertas,
Las que los miran saciarse
De orujo y tronchos de berzas;
Las que caridad demandan
En vano de puerta en puerta;
Los honrados artesanos
Cuyos talleres los cierran,
Porque en tan gran infortunio
Nadie sus obras emplea;
Los pobres trabajadores
Que sin trabajo se encuentran
Donde ganar el salario
Que a sus familias sustenta;
Los que ricos labradores
Ven exhaustas sus paneras,
Y agotados sus recursos,
Multiplicadas sus deudas,
Y sin poder de los pobres
Ser segunda Providencia;
Todos acuden al Templo
La faz marchita de pena;
Ancianos, jóvenes, niños,
Ancianas, niñas, doncellas,
Ante el *Ara* prosternados
Y besos dando en la tierra,

*Ora por nosotros, claman,
Haciendo coro a la Iglesia,
Al evocar los favores
De María de la Sierra;
Ora por nosotros, clama
El pueblo con Fe sincera,
Cuando de Santos y Santas,
De Vírgenes y Profetas
Evoca el clero los nombres,
Y que los oigan les ruegan;
Ora por nosotros, claman
Con cien y cien voces tiernas
En el suelo afinojados
Los niños de las escuelas;
“¡Misericordia! ¡Dios mío!!!”
Clama en sus cantos la Iglesia,
“Según, Señor, eres Grande
Que grande tu perdón sea.”*

Y sale del Templo el Pueblo,
Y en sus hogares se encierra,
Mientras que los tiernos niños
Formados en dos hileras,
Y de una cruz precedidos
Por ser del cristiano enseña,
Marchan por plazas y calles
Desnudo el pie y la cabeza,
Y los bracitos cruzados
En actitud de obediencia,
Cantando dulces plegarias,
Cantando tristes endechas
Que aquellos labios tan puros,
Así a los cielos elevan.
“¡Misericordia, Dios mío!!!
¡Piedad, Virgen de la Sierra!!!
¡Perdón al común pecado!!!
Sobre nuestros campos venga
El agua que fertiliza,

*La lluvia que los alegra,
Las nubes que los entoldan,
La brisa que los refresca,
El rocío que los baña
Y cubre el suelo de perlas;
¡Agua a los campos, Señora!!!
¡Agua, Virgen de la Sierra!!!”*

CUADRO TERCERO

EL MILAGRO.

*Domingo veinte de Abril
Del año mil ochocientos
Diez y siete, tu memoria
Durará lo que los tiempos.*

Del Moral de Calatrava
Están los sembrados secos,
Y mejor que cultivados
Sus campos, parecen yermos.
Perdida está la esperanza
De ver nubes en el cielo,
Que la benéfica lluvia
Derramen sobre su término,
Y el Cabildo y Municipio
Toman el común acuerdo
De sacar varias Imágenes
En procesión por el pueblo,
Por lo festivo del día,
Y por el apuro extremo
En que las siembras se hallan,
Pegado su tallo al suelo.
En la Fiesta-Rogativa
Se anuncia el fausto suceso,

Y a terribles penitencias
Se aprestan los Moraleños,
Poniendo de intercesora
A la Madre de Dios Verbo,
Por si desarmar consiguen
Las justas iras del cielo.

Cúmplense los quince días
Que cerrado está el Convento
De San Francisco, en que habitan
Veinte Padres, por lo menos,
Observando los vecinos
Profundísimo silencio
De Dios en la Santa Casa,
De Dios en el Santo Templo,
Que apenas si se interrumpe
Del coro en horas de rezo,
Pues casi no se perciben
Del recitado los ecos;
En vano a la Portería,
Llama el amigo indiscreto,
Y en vano algún fiel devoto
Llama a la puerta del Templo.
Nadie responde al que llama:
Ni agua, ni pan, ni alimentos
Han visto entrar los vecinos
Desde que se cerró el Convento,
Y nadie sabe qué pasa
Allí, de puertas adentro,
Pues ni se ve un Religioso
Ni de él se escucha el acento.
Solo allá, de la alta noche
En las horas de silencio,
El que a la Iglesia se acerca
Y ávido escucha y atento,
Sentir puede cierto ruido,
Sordo, continuo, pequeño,
Que desde afuera parece,

Cual de arrastrarse en el suelo
Sobre las duras baldosas
Como las culebras, cuerpos;
Y golpes, que sobre carnes
Dan de momento en momento,
Cual si marcarse quisiera
La lenta marcha del péndulo,
Imitando el, *nunca, nunca,*
Nunca vuelve a cuento,
Lo que una vez fue contado
En la inmensidad del tiempo.

Clara y serena es la tarde,
Y está el espacio sereno,
Y marcha el sol al Ocaso
Rayos de luz despidiendo,
Sin una nube que empañe
El bello azul de los cielos,
Y sin que turbe su calma
Fugaz ráfaga de viento.

Son las cuatro: las campanas
Echa la Parroquia al vuelo,
Y su esquilón las ermitas
Voltean, y el del Convento
Previamente apercebido,
Rompe también su silencio.
Por todas las boca-calles
Van a la plaza afluyendo,
Hermandades, Cofradías,
Los Concejales y el Clero,
Labradores, artesanos,
Comerciantes, ganaderos,
Los más ricos propietarios,
Los propietarios pequeños,
Los niños de las Escuelas,

Los pálidos jornaleros,
Las mil mujeres piadosas
Llevando a sus pequeñuelos,
Y en fin, cuantos habitantes
Tiene tan cristiano pueblo.

La procesión se organiza,
Y su marcha van rompiendo
Los niños de las Escuelas
Himnos elevando al cielo,
Desnudo el pie y la cabeza,
Desnuda la espalda y pecho
Que cruzan de crudo esparto
Sogas de áspero atadero;
Y sus manitas cruzadas,
Y sus ojos en el suelo,
Y sus pálidos semblantes,
Y su paso corto y lento,
La pobre cruz con que guía
Mudo y lloroso el Maestro,
Y de tantas vocecitas
El canto armonioso y tierno,
Accidentes son que infunden
Llanto y congoja en el pueblo.

Síguenles las Cofradías
En religioso silencio,
Conllevando los martirios
Que cada hermano se ha impuesto.
¿Mas cómo las penitencias
Pintar de los Nazarenos,
Que sobre sus hombros llevan
Cruces de gruesos maderos,
Cruces de pesadas piedras,
Cruces de barras de hierro,
Que en ayunas y descalzos,
Sangre su planta vertiendo,
Detrás del capillo ocultan

Del penitente el secreto?
¿Cómo pintar los martirios
De grandes y de pequeños,
Que cilicios acerados
Llevan hiriendo sus cuerpos,
Y a los que, menudas chitas
Ponen, y garbanzos secos
Ocultos en el calzado
Y que van su planta hiriendo,
Sin que a los rostros asomen
Los dolores y tormentos
De las piadosas mujeres,
Del piadosísimo clero,
Y de las buenas señoras,
Que a sus hijos más pequeños
Llevan descalzos, y en traje
De Ángeles o Nazarenos?
¿Cómo describir mi pluma
El imponente cortejo
De María de la Sierra
Madre del Divino Verbo,
Que va en busca de su Hijo,
Con faz y en traje de duelo,
Por la plaza y por las calles
Sollozos no más oyendo,
Y el grito de *Ora pro nobis...*
Con que la suplica el Pueblo?
Mas la procesión avanza,
Y suspirando y gimiendo
Se detiene ante los muros
Del misterioso Convento.
Ábrense las altas puertas;
Entra el Cabildo y Concejo,
Y postrados ven de hinojos
Con las frentes en el suelo,
De aquella bendita Casa
Desde el Guardián hasta el lego,
El *Miserere* cantando

Con melancólico acento,
Ante la desnuda Imagen
Del Divino Nazareno.

Fray Gabriel el de Madrid,
El gran Crucifijo asiendo,
Al pórtico se adelanta
De los frailes el primero.
Su flaco y pálido rostro
Bien muestra los sufrimientos
Y penitencias durísimas,
Que del claustro en el secreto
Los últimos quince días
La Comunidad se ha impuesto.
Cual todos, una maroma
Lleva Fray Gabriel al cuello,
Y en la frente una corona
Hecha con zarzas del huerto,
Cuyas espinas, la sangre
Hacen correr hasta el pecho.
Pantalla de áspera pleita,
De una sien a otra corriendo,
Solo permite a los ojos
Mirar hacia el duro suelo;
Y apretada con un nudo
Va la maroma ciñendo
Su cintura, y los remates
Los blancos pies van hiriendo,
Que tintos en sangre, arrastra
Sin sandalias por el suelo.

Síguenle con *Pedro Alcántara*,
-Su Santo muy predilecto,-
Fray Lucas, el del Moral,
El padre Villa-conejos,
Y los hermanos Consuegras
En profundo abatimiento.

José, Esposo de María,
Sale también del Convento
Llevado por cuatro Padres
Jóvenes, de su colegio,
Cuyos marchitos semblantes,
Cuyas maromas al cuello,
Cuyas punzantes coronas
Que sangre les van vertiendo,
Y aquellos hundidos ojos,
Y el paso débil e incierto
Con que marchan, y sus rostros
Más que de vivos, de muertos,
Un grito de horror arrancan
De aquel conmovido Pueblo,
Que asombrado y de rodillas
Admira cuanto está viendo.

Al fin, de cuatro Lectores,
Malagón y Retamero,
Cuenca y Calzada, en los hombros
Asoma el *Divino Verbo*,
En la actitud más *humilde*,
Triste y vergonzosa a un tiempo;
Desnudo y con mil heridas,
Y amoratado su cuerpo.

“¡Misericordia, Dios mío!!!”
A una voz exclama el pueblo,
Que ante la Divina Imagen
Se postra, besando el suelo.

Adelántase la Virgen
Y une al de todos sus ruegos,
Y parte la comitiva
Sus cantos alzando al cielo.
La calle de Labradores
Casi la llena el cortejo,
Que de lágrimas y sangre

Deja al pasar un reguero;
Y un púlpito se improvisa
De San Roque en el paseo,
Y en el petril de la Ermita,
Hacia la izquierda, saliendo,
Sobre una mesa aparece
Con su maroma en el cuello,
Y su corona de espinas
Que mancha de sangre el pecho,
El insigne Piedralabes,
El bueno entre los más buenos,
El que barón, docto y justo,
Es en virtudes modelo.

Las tan queridas Imágenes
Paran enfrente del Templo,
Y Piedralabe, afectado
Ante aquel cuadro tan tierno,
Y débil por las vigalias
Y la falta de alimentos,
Y por los duros martirios
Que impuso a su pobre cuerpo,
Casi, casi desfallece
Entre los brazos del pueblo.

Mas el espíritu manda
En Piedralabe, y repuesto,
Con firme voz e inspirada,
Y dominando el silencio
De aquella gran muchedumbre,
Exclama: “*¡Dios que en los cielos*
Miras de tus criaturas
Los recónditos secretos!!!
¡Dios, que engañarte no puedes
Y engañarte no podemos!!!
Si es verdad tanto sollozo
Y tanto arrepentimiento,
Y las lágrimas que vierte

*Este atribulado pueblo...
¡Oh Cristo de la Humildad!!!
Oye de tu Madre el ruego,
Escucha las tiernas súplicas
De Josef y de mi Pedro;
Oye, Señor, a estas madres
Cargadas de pequeñuelos,
Que de hambre por esas calles
Se le ve desfalleciendo;
Ve, Señor, a esas doncellas
Destrenzados sus cabellos,
Y pálidas las mejillas
Que carmín iban vertiendo;
Oye, Señor, las plegarias
De estos pobres jornaleros
Que si el agua no les mandas
Van a morir sin remedio;
Mira al rico empobrecido,
Que sin trigo en sus graneros,
Por tu amor, ¡oh Dios! no puede
Dar pan al niño pequeño;
Oye las tiernas plegarias
De la Iglesia y de su Clero,
Y escucha por fin, la mía,
Porque de aquí no me muevo
Sin alcanzar, ¡oh Dios mío!...
El agua para este Pueblo...
¡De rodillas!... ¡De rodillas
Los grandes y los pequeños!!!
¡De rodillas!... de rodillas!!!
Oremos todos, oremos,
Que Dios en su Omnipotencia
Está desde el cielo viéndonos.”
Y Piedralabe se postra,
Y el concurso besa el suelo,
Y en mentales oraciones
Cada cual queda en silencio.*

.....

.....
.....

Pasan algunos minutos;
Óyense golpes de pecho,
Y suspiros y sollozos
Entre lágrimas y ruegos.
Una voz de pronto exclama,
De entre el piadoso cortejo...
*“Mirad, mirad, una nube
De San Cristóbal so el cerro!!!”*
Y como por un resorte
Movido todo aquel pueblo,
Asombrado se levanta,
Y ve la nube en efecto...
*“¡De rodillas!!! De rodillas!!!
Los grandes y los pequeños!!!”*
-Inspirado Piedralabe
Repite en su arrobamiento.-
*“¡De rodillas!!! De rodillas!!!
¡Oremos todos, oremos,
Que Dios en su Omnipotencia
Está desde arriba viéndonos!!!”*
Y cual herida de un rayo
La muchedumbre, de nuevo
Afinoja sus rodillas,
Y besa su labio el suelo,
Mientras con grata esperanza
Laten ansiosos los pechos,
Y en mentales oraciones
Vuelve la plaza al silencio.

.....
.....
.....

Breves minutos transcurren,
Y orando están en secreto,
Hombre, mujeres y niños,

Frailes, Municipio y Clero,
Y nadie sus ojos alza,
Creyéndose indigno, al cielo,
Al mandarle sus sollozos
Y sus lágrimas y ruegos.
Nubes y nubes se agolpan
Que el sol van oscureciendo,
Y la calma de la atmósfera
Pronto la domina el viento.
Piedralabe se levanta
Y entre inspirado y profético,
Vuelve a exclamar tembloroso
Las manos en cruz so el pecho.
*“¡Señor! Fuimos pecadores;
De tu viña los postreros
Hemos venido al trabajo,
Mas somos tus jornaleros,
Y a los que a tu viña acuden
Y vienen con fe y anhelo,
A todos iguales paga,
De amor tu hermoso venero.
Mándanos ¡oh Dios! el agua...
Oye de tu Madre el ruego...
Escucha estas tiernas súplicas
De José y de mi Pedro,
Y escucha también la mía
En nombre de todo el pueblo.
¡Agua!!! ¡Sin agua, Dios mío,
De tus plantas no me muevo!!!”*
Y otra vez cayó en rodillas
El religioso modelo,
Y en un éxtasis dulcísimo
Quedó por breves momentos.
.....
.....
.....
.....
Imponente está la plaza:

Óyense golpes de pecho,
Y suspiros, y sollozos
Entre lágrimas y ruegos;
Mas de pronto Piedralabe
Siente caer de los cielos
Purísimas gotas de agua
Que besa y bebe sediento,
Exclamando con gran júbilo
Y de santo fervor lleno...
*“¡Nueva Israel, fuiste oída!!!
Lanzaste el mal al averno,
Y Dios el Maná te envía
Como lo mandó al desierto!!!”*
¡GLORIA A DIOS EN LAS ALTURAS,
Y PAZ AL HOMBRE EN EL SUELO!!!...
¡Milagro! exclaman mil voces;
¡Milagro!... repite el Clero;
¡Milagro!... dicen los Frailes;
¡Milagro!... dice el Concejo;
Y mientras cunde el asombro
De tan divino portento,
A Fray Julián Piedralabe
En hombros levanta el pueblo.

Y precipita la lluvia
Fuerte ráfaga de viento,
Que a torrentes lanza el agua
Lanzando arroyos del cerro;
Y se cubren las *Imágenes*
Con capas y con manteos,
Y al fin, a trescientos pasos
Del ya desierto paseo,
En la calle de San Roque,
Hoy número doce nuevo,
Casa de Miguel Martín,
Labrador honrado, y viejo,
Y diligente hortelano,
En largo portal y estrecho

A las *Imágenes* entran,
Y de rodillas los dueños
Al ver a su pobre casa
De *Dios* convertida en Templo,
Así dicen a la *Imagen*
Madre del Divino Verbo:
“*Ya que en nuestra pobre choza*
Al Hijo y Madre tenemos
A Cristo decid, Señora,
Que bendiga nuestro huerto,
Y en nuestras secas legumbres
Que obre el Señor un portento.”
-Habiéndome referido
Recientemente sus nietos,
Que tuvo tal abundancia
En hortalizas su abuelo,
Que según su misma frase,
Se cansó de hacer dinero.-

Y las oraciones siguen;
Y entona la Iglesia rezos,
Y de la lluvia una clara
Aprovechando el momento,
La procesión se dirige
De la Parroquia hacia el Templo,
Entre los vivos y aplausos
Que retumban en el cerro.

Al penetrar en la Iglesia
Las *Imágenes*, el Pueblo
Silencioso se arrodilla
Y besa el agua en el suelo:
Mas apenas han entrado,
Voces que imitan al trueno
Claman: *¡Milagro! ¡Milagro!!!*
“*¡Un vitor de Dios al Siervo!!!*
¡Gloria a Piedralabe, el Justo
Cuya voz escuchó el cielo!!!

*¡Viva Dios!!! ¡Viva la Virgen!!!
¡Viva José y viva Pedro!!!
Y por las calles las gentes
A voces van repitiendo...
¡Milagro!!! ¡Milagro!!! ¡Agua!!!
¡Agua, Señor de los cielos!!!
Y grita el niño... ¡Milagro!!!
Y ¡Milagro!!! grita el viejo,
Y en las cumbres de la sierra,
¡Milagro!!!... repite el eco.*

CONCLUSIÓN

 Fina Abril y avanza Mayo,
 Y las lluvias bien-hechoras
 Los campos riegan de noche
 Que el sol de día acalora.
 Crece por palmos la siembra,
 La yerba crece frondosa,
 Y las viñas y olivares
 Vístense de verde pompa.
 Recibe alegre la espiga
 El rocío de la aurora,
 Y el rico fruto se mece
 Al arrullo de sus hojas.
 Trisca alegre el corderillo,
 Y tras su madre retoza,
 Que el campo es todo alegría
 Cuando flores lo tachonan,
 Y los frutos lo enriquecen
 Y el agua en los prados brota.

 Apiñada muchedumbre

Ha invadido la Parroquia
Del Moral de Calatrava,
Que en gala y luces rebosa,
Por tributar a *María*
De la Sierra, su Patrona,
Acción rendida de gracias
Porque fue su intercesora
Con *Aquél* por quien sufriera
Tantas ansias y congojas,
Y que a su lado lo tiene
En la *Imagen Milagrosa*
Del Cristo de la Humildad,
Grande, cual pequeño en formas.

Hermosos ramos de espigas
Las ricas andas adornan,
Y cánticos de alegría
La Iglesia y el Pueblo entonan,
Por el favor conseguido
Que su porvenir abona;
Y el universal contento
En los semblantes rebosa,
Cuando al finar el *Te-Deum,*
Alza el Preste la *Custodia,*
Y entre las nubes de incienso
Que suben majestuosas;
Y del órgano dulcísimo
Entre dulcísimas notas;
Y entre los Himnos del Clero
Que retumban en las bóvedas
Y al religioso concurso
En cristiana Fe confortan,
Al pueblo y campos bendice
EL MISMO DIOS EN LA HOSTIA.

Agustín Salido.

MORAL DE CALATRAVA 16 DE JUNIO DE 1870

Tienes satisfecho, mi querida Josefina, tu deseo de que le dedicara unos versos en el día del Señor, a la Imagen predilecta de tu devoción, el Santísimo Cristo de la Humildad, que se viene venerando en la Iglesia de este Convento desde su fundación, y que antes y después de haber sido exclaustros los Religiosos en 1836, y demolida su casa en 1844, viene siendo en esta villa el *Amparo de los afligidos, y el Paño de sus lágrimas*.

El cantar *las Glorias de Dios y sus Excelencias*, era obra demasiado grande para la cortedad de mis conocimientos en tan *sublimes misterios*, y por lo tanto he preferido dejar consignado en esta mala leyenda, un patente milagro que presencié todo este pueblo el Domingo 20 de Abril de 1817, obrado por *Jesucristo*, a pesar de los impíos del siglo, que hasta en pleno Parlamento Español, han tenido recientemente la audacia de negar su *Divinidad*.

Cuantas noticias y detalles consigno en esta leyenda histórica, me los han facilitado los hombres más ancianos de la villa, muchos de los cuales pasan de los ochenta años. Entre ellos debo citar, para que consten en el porvenir sus nombres, a los Presbíteros D. Pedro Bravo y Merlo y D. Andrés Linares, y a los Seglares Valentín de Torres, Juan y Tomás García, Ildefonso de Rozas, José Moraleda, Diego Nuño, Juan Cózar, Telesforo Olivares y Juan Román, omitiendo a otros muchos que sería prolijo enumerar, porque contando hoy solo de 60 a 70 años, eran entonces niños, y por lo tanto testigos de excepción, pero todos unánimes atestiguan los hechos que dejo consignados, y otros muchos que he omitido por no recargar más los cuadros.

No puedo, sin embargo, prescindir de consignar el hecho, de que en la época a que se refieren estos sucesos, llegó a valer la fanega de trigo quinientos reales, y el de que entre las penitencias de los nazarenos, hubo algunos que llevaron hasta peones de noria. Además, tal era el fervor religioso de aquellos momentos, que al ver el espectáculo que presentaba la salida de la

Comunidad de su Convento, la tarde de la procesión, pues los Religiosos parecían cadáveres, exclamó D. Juan José León, padre de la actual mujer del Notario, Don Pedro Alcántara Corro, llorando y dominando aquél religioso silencio: *¡Señor!.. ¡Señor! Si mis culpas pueden ser motivo de tus iras, perdónamelas, y que abriéndose la tierra me sepulte!!!...* Otros mil detalles se me han referido por las personas que dejo nombradas, y otras que ya fallecieron, todas las cuales los presenciaron, siendo a la vez testigos y actores de tan maravillosos sucesos.

Difícil es en pleno siglo diez y nueve, y en los tiempos que corren, referir un milagro, y llevar al ánimo del lector el absoluto convencimiento de la verdad; pero como estos malos romances no tienen otro objeto que el de dejar consignado para el porvenir, un extraordinario suceso contemporáneo, presenciado y confesado hasta por los mismos hombres que hoy son Autoridades de la Revolución, *como un suceso notorio y de pública voz y fama*, de ahí que no me haya cuidado grandemente en esforzar la razón, puesto que yo solo escribo para almas cristianas como la tuya, dejando para otras plumas, y otras inteligencias superiores, y sobre todo, al poder de Dios, la obra de volver al seno de la Iglesia Católica a las ovejas descarriadas, *que tienen ojos y no ven, y oídos y no oyen*.

Recibe, mi querida Josefina, con este ligero trabajo, todo el cariño de tu amante esposo,

Agustín.

NOTA IMPORTANTE.

Reunidos en mi despacho los ancianos que cito anteriormente, a las cinco de la tarde de este día, y dada la lectura por mí de esta leyenda, han confirmado cuanto en ella refiero, atestiguándolo con sus firmas a la vuelta de esta hoja, y de cuya autenticidad levantará acta, y dará testimonio, que se unirá a este

escrito, el Notario público de esta villa, D. Pedro Alcántara Corro y Jiménez.

Moral de Calatrava a 16 de Junio de 1870.

Agustín Salido.

Atestiguan estos sucesos.

Pedro Bravo y Merlo,
Presbítero.

José Moraleda.

Andrés Linares,
Presbítero.

Diego Nuño.

Valentín de Torres.

Juan Román.

Por mi hermano Juan
y por mí.

Juan de Cózar.

Telesforo Olivares.

Tomás García y Latorre.

Ildfonso de Rozas.

**Copia sacada a la letra del testimonio librado
por el Notario público de esta villa.**

Hay un sello 8º

Número primero. En la villa del Moral de Calatrava a diez y siete de Junio de mil ochocientos setenta: ante mí, D. Pedro Alcántara Corro y Jiménez, Notario público de la Nación, de los del territorio de la Excma. Audiencia de Albacete, distrito de Valdepeñas, único en esta villa, mi vecindad, presentes los testigos que se expresarán, y que conozco, compareció el Excmo.

Sr. D. Agustín Salido y Estrada, casado, Abogado, propietario, de más de cincuenta años, de esta vecindad, Caballero Gran Cruz de la Real y distinguida orden de Isabel la Católica, Comendador de la Concepción de Villaviciosa de Portugal, ex-Diputado a Cortes y ex-Gobernador civil de esta provincia, y asegurando hallarse con la libre y franca administración de sus bienes y capacidad legal, dijo: que desde hace veintiocho años que reside en esta villa, viene oyendo referir a las personas más ancianas, muchas de ellas ya difuntas, un suceso extraordinario y portentoso, ocurrido en esta localidad en la tarde del domingo veinte de Abril de mil ochocientos diez y siete, que bien puede llamarse milagro, aun en medio del lamentable descreimiento del siglo, y de las ideas antirreligiosas y ateas, de que más bien por moda que por convicción, hacen alarde los nuevos filósofos de la época: Que temeroso de que, falleciendo los pocos octogenarios que ya hoy existen en esta localidad, testigos presenciales que aquel maravilloso suceso, quede relegado a la tradición un hecho de tanta importancia para la conservación en el porvenir de la fe de nuestros hijos en los sacrosantos misterios de nuestra Religión, decidió escribir sobre indicado suceso, una leyenda, y que atestiguada por las personas más ancianas de la villa y de mayor criterio, fuera un documento histórico con las mayores solemnidades posibles, para que en ningún tiempo se pueda dudar de la veracidad del portento que en dicho escrito se relaciona: Que al efecto, después de haber oído uno a uno, a diez de los hombres más ancianos de la población, y tomados los antecedentes y noticias que pudieron suministrarle, escribió la leyenda, y reuniéndolos en su despacho en la tarde de ayer para darles lectura del referido escrito, le manifestaron los presentes, que lo fueron los presbíteros D. Pedro Bravo y Merlo y D. Andrés Linares, y los seglares Valentín de Torres, José Moraleda, Ildefonso de Rozas, Juan y Tomás García y Latorre, Diego Nuño, Juan Román, Juan de Cózar y Telesforo Olivares, hallarse enteramente conforme la *Leyenda Histórica* con las noticias que habían suministrado al efecto, brindándose a firmar a continuación, atestiguándolo, como en efecto lo hizo el que pudo, por haber alguno imposibilitado por efecto del mal pulso por su avanzada edad: Que con el fin de dar el mayor carácter de verdad

y autenticidad a lo ya referido, deseaba que yo el Notario diera fe y testimonio, tanto del conocimiento personal que tengo de referidos ancianos, que son de los de más edad del pueblo, cuanto de que las firmas estampadas en el original, que se me presenta compuesto de veinte y dos fojas, son las mismas que usan y acostumbran poner en sus escritos relacionados sujetos, *como así es en efecto y de ello doy fe*: A la vez, y por mí, yo el Notario puedo dejar consignada la verdad de referidos sucesos, por recordarlos perfectamente, pues aunque joven, asistí a la procesión penitenciaria de que se hace relación en la mencionada *Leyenda*, de pareja con el actual Alcalde D. Francisco García Linares, vestidos ambos de nazarenos, y con cruces en los hombros.

El compareciente pidió se le librase testimonio de esta acta para unirlo al original manuscrito de ya citada *Leyenda* que desea conservar, el cual queda rubricado por mí el Notario en todas sus fojas, y devuelto a dicho señor a los fines que juzgue oportunos, quedando él mismo en facilitar a esta Notaría un ejemplar de la referida *Leyenda*, para que unido a la presente acta quede archivado en el cuaderno correspondiente: Así lo dijo, otorga y firma el señor otorgante, previa su lectura, siendo testigo D. Andrés Linares, D. Pedro Bravo y Merlo y D. José María Martín, presbíteros, y Damián Martín, de esta vecindad, de todo lo que yo el Notario doy fe. –Agustín salido.-Pedro Bravo.- Andrés Linares.- José María Martín.- Damián Martín.-Hay un signo.- Pedro Alcántara Corro y Jiménez.

Yo el dicho D. Pedro Alcántara Corro y Jiménez, Notario público de la Nación, único en esta villa, mi vecindad, presente fui, en cuya fe y de quedar su matriz en registro y cuaderno correspondiente, señalada con el número primero de actas notariales, doy la presente, primera copia, que signo y firmo en dicha villa, a diez y ocho de Junio de mil ochocientos setenta. – Hay un signo.

Pedro Alcántara Corro y Jiménez.

==*==*==*==*==